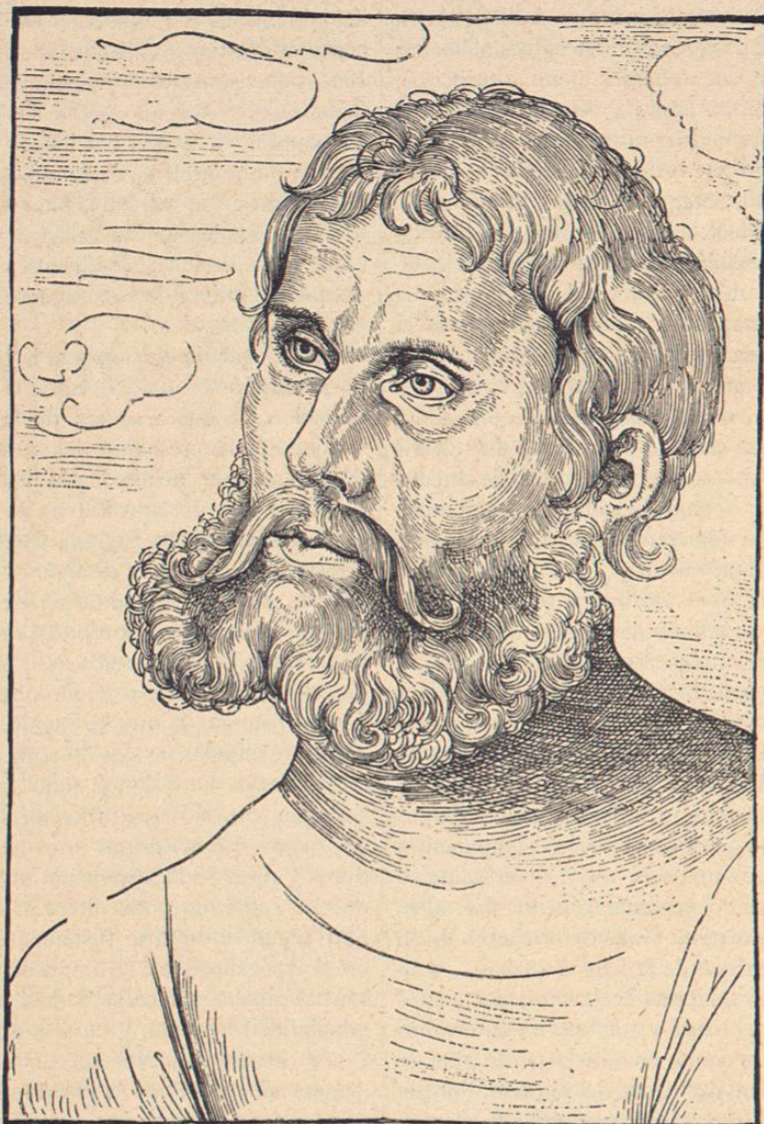


templado mi corazón, sino que cual dique de piedra ha desafiado los argumentos de los papistas, sus amenazas y la tempestad.» No obstante que más de una vez luchó su alma con la duda y bajo la presión de la responsabilidad terrible que tomaba sobre sí, los enemigos no conocieron ya en Lutero al hombre vacilante y tantas veces humillado de otro tiempo, sino al confiado e inflexible «soldado de Dios.»

También desde el castillo de Wartburg arrojó sus proyectiles al campo enemigo, con grandísimo terror de los pruden-

tes «fariseos é hipócritas,» como los llama, de la corte del elector. Verdad es que el tono de algunos escritos que el recluso declarado fuera de la ley entregó en aquel tiempo á la publicidad, no tenía en cuenta la situación difícil de su soberano ni la grandísima agitación de los ánimos. A pesar de que Lutero mismo creía muy probable una explosión del odio del pueblo bajo contra el clero, esta creencia no le impidió que llamara en sus escritos al Papa «la marrana del diablo,» á los obispos «micos, monstruos y miserables engen-



Lutero durante la época en que permaneció oculto en el castillo de Wartburg, bajo el nombre de «el caballero Jorge»  
Grabado en madera de Lucas Cranach

dros,» á los sacerdotes «sacrificadores de Baal,» á su consagración «el signo de la bestia apocalíptica;» á sus doctrinas y obras «mentiras del diablo,» y á sus universidades «templos de Moloch y cuevas de asesinos.» Cuando le dijeron que su nombre había sido incluido en la lista de los herejes de la bula llamada *In vana Domini* (1), contestó con el escrito titulado: «Un saludo para el año nuevo,» traduciendo y glosando la citada bula del modo burlesco y grosero que entonces era corriente, diciendo entre otras cosas que á pesar de estar escrita la bula en país latino, lo estaba en tan mal latín, que parece haberla escrito un galopin, en el lenguaje que se suele hablar por la noche cuando se está borracho, es decir, cuando la lengua parece andar en zancos y cuando el entendi-

(1) Publicada contra los herejes por el papa Urbano V en 1362.  
(N. del T.)

miento navega á media vela, como cantan los alemanes: «Estando bebido por la noche me pareció...» Luego añade que se le pasa la gana de reír al pensar en el horrible espectáculo que da un clero que abusa del nombre de Dios para maldecir á cuantos intentan reducir su poder y sus rentas; sin embargo, este horrible espectáculo no le impide, al enumerar las diferentes sanguijuelas clericales, decir que no bastaría el río Rin para ahogar á todos aquellos tunantes. Al mismo tiempo, al amonestar al pueblo que se aparte de la rebelión y sublevación, se alegra de que la actitud amenazadora de las clases bajas cause miedo á los papistas. Sin embargo, como circunstancias atenuantes de todo esto deben tenerse presentes los medios con los cuales se había sostenido y seguía sosteniéndose entonces el gobierno pontificio. Se ha vituperado también en el mismo campo protestante la violencia desenfrenada de Lutero en sus polémicas, así como su falta com-

pleta de consideración debida al contrario, en quien desde luego suponía sin rebozo una terquedad desalmada. No puede negarse que, según dice Vorreiter, no había medio de entenderse con Lutero en el terreno de la ciencia; pero en cambio puede preguntarse si era posible semejante inteligencia con el gobierno clerical romano, y si los representantes de la Iglesia tenían la costumbre de respetar ó de tener consideración á sus contrarios y suponer en ellos buena fe y voluntad sincera mientras no se sometieran incondicionalmente. Sin la fuerza brutal, sin la pasión y sin revolución, jamás habría logrado la Alemania hacerse independiente de Roma.

Singularísima era la posición de Lutero, fraile excomulgado, declarado fuera de la ley, secuestrado en el castillo de

Wartburg, y que borrado de la lista de vivos con existencia legal continuó sin dar reposo á las autoridades civiles y eclesiásticas. Nada caracteriza mejor aquella situación que su conducta respecto del cardenal príncipe elector de Maguncia Alberto, que á pesar del edicto de Worms prohibió predicar contra Lutero. A instancias repetidas de su predicador de la catedral, Wolfgang Capito, hojeó Alberto la Biblia y hasta pensó en predicar; pero obligado por consideraciones económicas, anunció otra venta de indulgencias en Halle, para sacar alguna utilidad de la gran colección de reliquias que tenía en aquella ciudad y de la cual ya hemos hablado en otra parte de este libro. Exasperado Lutero al saberlo, quiso escribir contra el cardenal; mas por intervención de Capito,



### Wittenberg.

Facsimile de la portada de la primera edición de la traducción del Nuevo Testamento hecha por Lutero en 1522  
llamada comunmente «la Biblia de setiembre»

partidario de la reforma en el sentido de Erasmo, el elector de Sajonia, por el intermedio de Spalatino, prohibió á Lutero tales desahogos. Lutero contestó que no se conformaba con semejante prohibición, y que antes de resignarse á callar, desacreditaría á Spalatino, al elector y á todo el mundo. Cuando al fin se conformó con aplazar la publicación de su diatriba, hizo saber al cardenal elector de Maguncia que si dentro del plazo de quince días no quedaban suprimidos la venta de las indulgencias y el procedimiento contra los eclesiásticos casados, «tendría que dar á conocer á todo el mundo la diferencia entre un obispo y un lobo;» «porque si bien no le gustaba hacer pública la deshonra del elector, era forzoso conservar el honor de Dios aunque quedara desacreditado todo el mundo y con más razón un pobre mortal como era un cardenal.» El cardenal príncipe elector contestó en una carta en términos humildes confesando que sin la gracia de Dios era él, acaso más que otros, un excremento hediondo, que admitía los castigos cristianos y fraternales y que quería hacer bien y conceder mercedes á Lutero. Este, sin embargo, se limitó á dar una severa reprimenda á Capito, que le había escrito en defensa de su señor proponiendo al reformador, á la manera

de Erasmo, valerse de «vias ocultas» para defender la causa del Evangelio.

Si por un lado el soberano y protector de Lutero se vio desobedecido por él, y el primer príncipe del imperio se humilló ante el reformador declarado fuera de la ley, surgieron en cambio otros peligros que no le eran tan indiferentes como el favor ó la enemistad de los príncipes y su seguridad personal. Hasta entonces Lutero había sido el dueño de su obra, pero supo con disgusto que otras manos extrañas y en su opinión impropias se ocupaban en llevarla adelante y transformarla; de suerte que por primera vez vió sus propias ideas reproducidas bajo una forma desfigurada. Sus doctrinas sobre el libre exámen de la Sagrada Escritura y sobre el sacerdocio universal se habían propagado en las inteligencias excitadas bajo un espíritu distinto del suyo; y la misma ciudad de Wittenberg pareció ser el foco de un radicalismo evangélico cuyas primeras manifestaciones eran bastantes para decidir al reformador á separarse resueltamente y para siempre de los elementos revolucionarios del movimiento de reforma.

La ausencia de Lutero no había disminuido la atracción



que ejercía la universidad de Wittenberg, pues el número de los estudiantes pasaba mucho de mil. La diferencia entre esta universidad y las demás era notable, porque los estudiantes iban sin armas y casi todos con la Biblia debajo del brazo, como «hermanos en Cristo», según refiere un testigo ocular. El joven Melanchton, que pareció olvidar su afición a los clásicos con la nueva teología evangélica, era en el concepto de Lutero el varón más a propósito para hacer sus veces; su amistad estaba en su primer período, y Lutero llegó a considerarse el precursor de su amigo «el pequeño grecista», que al parecer estaba llamado a concluir su obra. Melanchton encontró dulcísima «como ambrosía» la ocupación de traducir la Biblia, y aunque ocupado con las Epístolas de San Pablo, publicó la comedia *Las Nubes*, de Aristófanes, a fin de mostrar a la juventud lo insuficiente y dañino de los estudios filosóficos. Procurando seguir en la senda de las ideas de su gran amigo, pareció Lutero a veces rezagado en su osadía, comparada con la del teólogo novel, que ya en 1521 publicó en sus *loci communes* toda una serie de pensamientos fundamentales que podrían tenerse como materiales para una doctrina evangélica futura. La doctrina de la predestinación que presentó Melanchton en esta obra, demostró el profundo abismo que separaba de Erasmo y de los suyos al principal humanista entre los wittenbergueses. También se sabe por otras noticias que Erasmo fué juzgado entonces en Wittenberg con notable menosprecio y considerado casi como semi-heresje a causa de su inclinación a Platon y Pelagio.

Por encima de Melanchton se levantó entre los catedráticos de la universidad un hombre que estaba decidido a ocupar el puesto de Lutero. Era Karlstadt, persona dotada de gran talento y ambición, natural de Franconia, que empezando por ser apasionado escolástico se hizo después adepto del misticismo, y en parte por divergencias de opinión y en parte por vanidad, se enfriaron sus relaciones con Lutero. Rompió con la Iglesia seguramente por convicción, pero el manifiesto que dirigió en su escrito: *De la santidad papal*, publicado en octubre de 1520, a la nobleza de Franconia, su país natal, parece copia de un modelo hecho en mayor escala. Karlstadt tenía bastante talento propio para sentirse oprimido por la originalidad abrumadora de Lutero, y bastante vanidad para rivalizar con él; rivalidad que se aumentó cuando el rey de Dinamarca, Cristian II, quiso en la primavera del año 1521 atraer a ambos, a Karlstadt y Lutero, a Dinamarca. Karlstadt no fué a Copenhague, como antes se creyó erróneamente, sino que se quedó en Wittenberg, donde logró en efecto acelerar el movimiento religioso, y un escrito publicado algo después le atribuye, con mucha razón, la intención de acabar con todo lo que Lutero había dejado del dominio del Papa.

Fué el clero revolucionario y no el público laico el que dió los primeros pasos para realizar las nuevas ideas radicales. Habíanse ya casado algunos clérigos de las inmediaciones sin autorización de nadie, cuando Karlstadt pidió el matrimonio obligatorio para los sacerdotes y el facultativo para los frailes. El día de San Miguel de 1521 recibió Melanchton con sus discípulos en la iglesia parroquial de Wittenberg la comunión en ambas formas, y poco tiempo después el fraile agustino Gabriel Zwilling sostuvo desde el púlpito de la iglesia de su convento que la misa era un acto de idolatría. Sus compañeros se pusieron de su parte, a despecho del prior, que con sus protestas solo alcanzó que por lo pronto no se dijera misa ninguna en el convento. Lutero mismo había declarado que el citado fraile Gabriel, natural de Bohemia, tenía un don particular para predicar, y muchos de los que oyeron sus sermones vieron en él al sucesor más genuino del reformador. El mismo Melanchton asistió a todos sus

sermones. No había que temer de parte del elector una intervención más rigurosa, y la comisión de canónigos y profesores de la universidad nombrada por el soberano le incitó a abolir cuanto antes en todo el país el abuso de la misa y a no hacer caso de que se le tachara, como era de esperar, de hereje husita, aspecto que en efecto iban tomando las cosas en Wittenberg. Los habitantes de la ciudad y los estudiantes empezaron a tomar parte en el movimiento, a burlarse de los frailes y a perturbar el servicio divino de la Iglesia antigua. A principios de noviembre trece frailes agustinos dejaron el hábito y salieron del convento, y según se lamentaba el prior, «pisaron el empedrado de la ciudad para vergüenza de la orden y escándalo del pueblo.» Karlstadt, que había sido el primero en vituperar como un acto de precipitación la declaración de los frailes agustinos contra la celebración de la misa, subió al púlpito y de tal manera predicó que todo el mundo dijo, según asegura un escrito de la época, que nadie reconocía en él al antiguo escolástico. El día de Navidad celebró él mismo en la colegiata la nueva misa evangélica, y sin exigir confesión dió a la comunidad el pan y el vino. Al día siguiente se desposó con una señorita noble y pobre y en seguida casó a un cura párroco con su criada. El día de año nuevo tomaron en Wittenberg más de mil personas la comunión calixtina, agregándose también mucha gente de los pueblos vecinos, mientras Zwilling predicaba al aire libre en traje de estudiante, cubierta la cabeza con el birrete de piel y diciendo que la extrema-unción era una especulación del clero. Sus adeptos de Wittenberg, después que un capítulo de la congregación prohibió la mendicidad y las misas de voto, y dejó al juicio de cada uno el abandonar el convento o quedarse en él, se apresuraron a quitar los altares, menos uno, y quemar las imágenes y el aceite bendito. Acá y allá se oyeron ya expresiones que recordaron el lenguaje bestial del radicalismo husita, como: valdría más levantar horcas que altares, y el oficio del verdugo es más útil que el de un clérigo idólatra.

Las fuentes de que disponemos no nos explican suficientemente si el espíritu husita se introdujo en territorio sajón, ni cómo fué introduciéndose y propagándose, ni los efectos que produjo; pero el contagio que se comunicó a la Franconia, como está demostrado, permite suponer con toda probabilidad que los sucesos que caracterizan el movimiento religioso en Zwickau con sus singulares y trascendentales manifestaciones fueron debidos a lo menos en parte a influencias de Bohemia. Así como se había propagado en este último país, se empezó a propagar en Zwickau entre la clase artesana una vida religiosa tan intensa, que llegó hasta el fanatismo y a producir alucinaciones que recordaban aquel radicalismo místico y apocalíptico que desde algún tiempo tenía ya sus adeptos en Alemania. El pañero de Zwickau, Nicolás Storch, a ejemplo de muchos apóstoles de las comuniones begardas, penitentes o joaquinistas, creyó ser el jefe enviado por Dios para la renovación del mundo y aseguró que el ángel Gabriel le había dicho: «Tú estarás sentado en mi trono.» El predicador de la comunidad de Zwickau, Tomás Munzer, había afirmado que Storch sabía más de la Biblia que ningún sacerdote, y el crédito de Munzer era tal, que el cura Egrano, que había estado antes bien quisto, pero que por sus tendencias era amigo de Erasmo, tuvo que salir de la ciudad. También el mismo Tomás Munzer, que durante algún tiempo veneró a Lutero «como modelo y faro de los amigos de Dios,» tuvo que desterrarse por consecuencia de un motin provocado por los oficiales pañeros de la citada ciudad, que fué sofocado por la energía del consejo municipal. Munzer, que entonces abrigaba esperanzas apocalípticas, se dirigió a Bohemia, donde empezó a brotar otra vez el antiguo espíritu

brutal de los husitas fanáticos, tanto que la fiesta de Juan Hus, el 7 de julio, produjo en Praga algunos ataques iconoclastas contra varios conventos. El 1.º de noviembre publicó Munzer en Praga una proclama contra los clérigos, profetizando que de allí saldría la nueva Iglesia y que el pueblo de Bohemia sería el espejo del mundo entero. El osado profeta, que garantizaba sus profecías y su infalibilidad con su salvación presente y futura, fué puesto bajo la vigilancia del gobierno y declaró que había emprendido el viaje a Bohemia con la esperanza de ganar allí la corona del martirio. Poco tiempo después de esta tentativa de Munzer para sublevar la Bohemia, encontramos a sus partidarios de Zwickau en Wittenberg con la intención manifiesta de llevar la excitación religiosa hasta la revolución. Su jefe, el ya citado Nicolás Storch, hombre tan enjuto de carnes como insinuante de carácter, había abandonado su ciudad para librarse de una causa criminal pendiente; y Marcos Tomás Stubner, ex-estudiante y conocido de Melanchton, fué el principal propagandista entre los doctores de Wittenberg.

Melanchton se conmovió profundamente al observar un elemento cuyo vigor manifiesto era tan extraño como incomprendible para su mente sagaz y lógica. Se encontró con inteligencias cuyo espíritu no comprendía ni se atrevió a despreciar, según escribió al elector; y los argumentos contra el bautizo de los niños encontraron cierto apoyo en los escrúpulos propios de Melanchton. Introdujo a Marcos en su casa, mientras su amigo Amsdorf ni siquiera se atrevió a ver ni mucho menos a hablar con gente tan peligrosa. Imagínese ahora el efecto que producirían en la multitud los discursos extraños de aquella gente fanática que referían sus conversaciones tenidas con Dios, las revelaciones obtenidas respecto de la pronta invasión de los turcos, del aniquilamiento de todos los pecadores y de la matanza de todo el clero sin excepción de los clérigos casados. Ante aquella comunicación inmediata del individuo con la fuente de toda verdad, perdía todo valor el derecho individual hacia poco proclamado de interpretar la Sagrada Escritura; porque los nuevos apóstoles decían que solo el espíritu podía enseñar a los hombres, pues si Dios les hubiese querido enseñar por medio de Escrituras habría enviado una Biblia directamente del cielo. Era evidente que semejantes tendencias no serían toleradas en el orden político y terrenal, conforme por lo demás se había podido ver en Zwickau, pero a pesar de esto el elector Federico no pudo decidirse a emplear contra aquella gente la fuerza; porque además de su aversión a dar un paso decisivo é irrevocable, tenía la mayor repugnancia a tomar parte en cuestiones religiosas, diciendo que antes de hacer nada a sabiendas contra Dios preferiría empuñar su bastón y marcharse. Prefería perder sus territorios y súbditos antes de decidir de qué lado estaba la verdad, que bien podía estar, según sus ideas, del lado de la gente de Zwickau. En esta duda le robustecieron todavía los escrúpulos de sus teólogos de Wittenberg.

Karlstadt, entretanto, aprovechó la confusión para realizar con auxilio de la comunidad su ideal de un nuevo orden eclesiástico y civil. Aceptada la nueva misa, y abolidas las imágenes de toda clase, el consejo municipal y la universidad, en 24 de enero de 1522, establecieron un sistema de beneficencia, formando con fondos de la Iglesia una caja de socorros para facilitar a los artesanos faltos de recursos préstamos sin interés, reduciendo además para todo otro préstamo los intereses. La comunidad de Wittenberg había pedido desde un principio que la predicación de la palabra de Dios fuese libre, y a manera de los taboritas, que en su época seguían una vida rigurosamente moral, había exigido también entre otras cosas la supresión de las casas de mancebía;

pero lo principal para ella era la destrucción de las imágenes de los santos, para cuya concesión Karlstadt empleó todo su vigor en sus sermones y escritos, confesando, no obstante, que le costaría mucho trabajo dominar el temor perjudicial, fruto de la educación, a las «figuras diabólicas» de piedra y de madera. No tardó en efectuarse así la batalla iconoclasta. Muchos, jactándose de no servirse de nada de lo que exteriormente podía recordar la religión antigua papal, tomaron en la comunión con sus propias manos el pan y el vino ó comieron carne en los días de ayuno. Nada más característico de la antigua presión religiosa y del modo de ejercer la libertad que estos hechos, tolerados por la debilidad del gobierno. Todos estaban convencidos además de que se estaba al principio de la revuelta y de que se verían cosas mucho más grandes, y un testigo ocular escribió estas palabras: «El príncipe elector no puede detenerlo; otros príncipes contribuyen y no pueden suprimir ni detener el movimiento, y si viene de Dios se verán todavía milagros.» Ya empezó el fanatismo a dirigirse contra la universidad y en general contra las escuelas y contra toda enseñanza como cosa superflua en adelante; el mismo maestro de niños, llamado More, indujo a los padres a sacar a sus hijos de la escuela; y fué grande el asombro de los ciudadanos de Wittenberg cuando el eruditísimo doctor Karlstadt se presentó en sus casas para oír sus opiniones respecto de la interpretación de pasajes difíciles de la Biblia, diciendo que Dios ha ocultado sus misterios a los sabios y los ha revelado a los menores de edad. Parecía que había llegado el tiempo del encumbramiento de los pequeños é ignorantes que anunciaban tantas profecías.

Fué aquel un momento decisivo. Ni la inactividad de Federico el Sabio ni la vaguedad de ideas de un jefe como Karlstadt habían podido poner un dique al peligro que amenazaba de parte del radicalismo evangélico, si bien su victoria debía ser pasajera; no había que pensar en ver repetido el antiguo taboritismo, porque, como dice Ranke, antes se habría opuesto la fuerza a la fuerza y se habría destruido lo malo y lo bueno.

Entonces se levantó Lutero, y así como un huracán purificador disipa y aleja las nieblas amontonadas, del mismo modo su palabra poderosa desvaneció de una vez las ideas fantásticas y fanáticas de los visionarios. Sin embargo, aquella victoria fué para el reformador dolorosa, y le hizo escribir: «Todos mis enemigos juntos, con todos los demonios que se me han acercado muchas veces, no me han hecho tanto daño como el que he recibido de los nuestros, y debo confesar que el humo me hace llorar y casi me ahoga; ahora quiero, pensó el diablo, arrebatar a Lutero el corazón y rendir su espíritu resistente, porque no comprenderá ni evitará este golpe.»

Lutero había contemplado desde lejos con grande impaciencia el espectáculo que hemos descrito, y en diciembre de 1521 sorprendió a sus amigos de Wittenberg con una corta visita. Aprobó en general la lucha contra el celibato, las misas particulares y los votos monásticos, y no dió gran importancia a los profetas de Zwickau; pero lo que le inspiró más temor cada día fué por una parte el proceder tumultuoso de los reformadores, y después su intolerancia contra los «débiles,» como él dijo, que pensaban de otra manera. A pesar de la violencia desenfrenada de su lenguaje, era contrario a toda manifestación positiva, material y tangible de desenfreno y de fanatismo. Por otro lado, la actitud metódica del elector, que no se atrevía ni a permitir ni a prohibir las innovaciones, despertó en su ánimo un sentimiento que casi rayaba en desprecio; y así en febrero anunció a su soberano en una carta de breves líneas su firme resolución de ir a Wittenberg, felicitándole con ocasión de las turbulencias



de aquella ciudad y refiriéndose con cierta sorna á la pasion de reliquias del elector. Inútil fué que Federico tratara en términos muy humildes de disuadirle de su propósito; Lutero, en traje de noble, bajo su disfraz de caballero Jorge, se puso en marcha, y dos estudiantes suizos encontraron en la posada de Jena al extraño viajero, sentado delante de una mesa, en la cual tenia abierto el libro de los salmos en lengua hebrea. Sin ser conocido trabó conversacion ora seria, ora alegre con los jóvenes, á quienes convidó á beber con él sin cuidarse ni de los peligros que le amenazaban ni de los asuntos de la reforma. Esta escena de la vida de Lutero debe tenerse muy presente si queremos formar una idea tan natural como sea posible del reformador. Poco despues, en camino todavía, escribió á su soberano y protector aquella carta famosa, en la cual le ofrece su apoyo, pues aunque estaba declarado fuera de ley, confiaba en Dios. Sin consideracion ninguna á la situacion comprometida del elector Federico y mucho menos á la del duque Jorge, renunciando á toda proteccion en adelante y diciendo que si se exigiera al elector que le prendiese, ya diria él lo que entonces deberia hacerse, añade en la carta: «Su señoría sabe que voy á Wittenberg bajo una proteccion mucho mas alta que la del elector. No me propongo solicitar la proteccion de vuestra señoría, pues creo que yo tengo mas voluntad de proteger á vuestra señoría que vuestra señoría poder para protegerme á mí. El que mas crea será el que mas pueda proteger; y como conozco que su señoría está todavía muy débil en el terreno de la fe, no le puedo de ningun modo considerar capaz de protegerme ni de salvarme. Es hombre distinto el duque Jorge, con el cual trato, que me conoce muy bien y al cual yo conozco tambien bastante. Si su señoría creyera veria la magnificencia de Dios, pero como cree todavía muy poco, no ha podido ver nada.»

Lutero se hallaba entonces en la plenitud de su energía. Uno de aquellos estudiantes suizos, Juan Kessler, nos lo pinta mucho mejor que todos los retratos que se han conservado. No era ya Lutero en el año 1522 el fraile flaco de antes, sino un hombre entrado en carnes, de paso recto y mas inclinado hácia atrás que hácia adelante, con la cara levantada hácia el cielo, ojos negros como las cejas y mirada centelleante, que era muy difícil soportar. Era la mirada de un genio nacido para dominar, y como tal se presentó á su comunidad, á la cual predicó durante ocho dias seguidos, uniendo la crítica mas viva á una benignidad elevadísima, por manera que sus adversarios no se atrevieron á contestar nada. A la libertad brutal, que no conoce consideracion alguna, á la debilidad de los otros mas débiles, opuso la exigencia de la libertad inviolable de conciencia, diciendo: «En suma: lo quiero decir en mis sermones y en todas partes, y lo quiero escribir, pero no quiero obligar á la fuerza á nadie, porque la fe ha de venir voluntariamente y sin fuerza. Tomad ejemplo de mí; he estado contra la venta de las indulgencias y contra todos los papistas, pero nunca he querido forzar á nadie; solo he predicado y escrito y propagado en mis discursos la palabra de Dios, pero no he ido mas allá. Esto, aun durmiendo yo, y aun bebiendo cerveza con mi Felipe (Melanchton) y con Amsdorf, ha hecho perder al papado tanta fuerza como jamás le ha quitado príncipe ni emperador alguno.» Con razon se quejó de que no se le hubiera consultado al introducir las últimas innovaciones, diciendo que él nunca habia echado á perder nada y que por lo demás habia sido el primero á quien Dios habia colocado en aquel terreno.

Es preciso reconocer que estos sucesos fueron decisivos para determinar el carácter conservador de la reforma luterana; no podia pensarse en una alianza de Lutero con la revolucion política-social. Los reformadores de Zwickau, á los

cuales ni siquiera mencionó en sus sermones, hicieron algunas tentativas para aproximarse á Lutero, pero ni sus discursos adulatorios ni su actitud mística pretenciosa produjeron efecto alguno, y el mismo Marcos Stubner, que creyó haber descubierto en lo mas secreto de la mente de Lutero una inclinacion á su doctrina, fué despachado por el reformador con una contestacion brusca y decisiva. A pesar de esta conducta enérgica de Lutero y á pesar de haberse mostrado tan enemigo del empleo de toda fuerza en materia de fe, no puede ser absuelto de la grave falta de haber confiado la conclusion de su obra tan solo al porvenir, ó como él se expresa, «á la fuerza de la palabra de Dios.» Su biógrafo Kostlin ha hecho notar con mucha razon la vaguedad en que dejó Lutero la relacion futura entre los partidarios protestantes del Evangelio y los partidarios de la religion católica, cuestion sobre la cual no se encuentra ninguna solucion ni en sus conversaciones ni en sus sermones. Lutero ni siquiera paró mientes en estas cuestiones, en lo cual se manifiesta el lado mas débil del reformador alemán, el cual ni de político ni de organizador tuvo nada, muy al contrario de Calvino y de Ignacio de Loyola. Por lo pronto se continuó tomando en Wittenberg la comunión en una y dos formas, y mientras en la iglesia parroquial se celebraba el culto al estilo moderno, los canónigos de la iglesia de palacio continuaron en el culto antiguo. Semejante situacion no podia durar mucho tiempo ni tampoco pudo quedar mucho tiempo oculta, porque las tendencias místicas apocalípticas no eran debidas al capricho de algunos, sino que tenian su origen en una necesidad profunda de las masas.

Estos peligros y dificultades interiores no influyeron por lo pronto en la energía de los jefes y partidarios de la reforma vencedora; y casi parecia que debia cumplirse la prediccion de Lutero de que la palabra de Dios conquistaria sin el auxilio humano todos los corazones y ante el nuevo movimiento caeria hecho añicos el edificio carcomido del dominio clerical. Ranke ha pintado en términos hermosísimos estos primeros dias juveniles y llenos de alegre confianza de la revolucion religiosa. «No habia que tomar disposiciones ni concertar plan alguno, ni era menester una mision especial. Del mismo modo que á los primeros rayos del sol primaveral nace en todos los campos labrados el sembrado, así nacieron las nuevas convicciones, preparadas por todo lo que se habia visto y oído, al menor impulso y sin auxilio ninguno, en todos los territorios de lengua alemana.» En efecto, por primera vez desde siglos cesó el antiquísimo contraste entre los alemanes del Mediodía y del Norte, y el sentimiento de una nueva comunidad penetró hasta los mas remotos confines del imperio y hasta las avanzadas medio olvidadas de la nacionalidad alemana. Frisones y tiroleses, suizos y livonios, todos se interesaron en el suceso mas grande de la historia del pueblo alemán.

En la primera fila de los que trabajaron en esta obra magna figuraban los frailes, y en primer lugar, como es de esperar, los de la orden de Lutero. Staupitz no estaba ya al lado de su antiguo protegido, ante cuya osadía creciente se habia retirado con amargo dolor en el año de 1519; y si bien el venerable anciano se llamaba precursor del Evangelio y hasta discípulo de su discípulo, en una carta que escribió á Lutero siendo abad del convento benedictino de Salzburgo, no tomó parte en la continuacion de la reforma y nada significa su evidente inclinacion á la doctrina de Lutero sobre la gracia. La generacion joven siguió, sin embargo, con entusiasmo al gran hereje, que encontró hasta excesiva la precipitacion con que los frailes agustinos salieron de sus conventos de Wittenberg y de Erfurt, justificando su salida, entre otros Lang, con la especie de que todos los priores eran en gene-

ral asnos. Un capítulo de la congregacion alemana en Grimma hizo todavía en Pentecostés de 1522 los esfuerzos mas singulares para unir lo que ya no podia unirse, creando una organizacion monástica protestante libre; pero á principios del año siguiente, el vicario Wenceslao Link renunció á su dignidad y se casó; en seguida se disolvieron uno tras otro los conventos alemanes de Erfurt, Eisleben, Magdeburgo, Gotha y Nuremberg. En el convento de Wittenberg, los últimos de la comunidad que quedaron fueron Lutero y el prior; Lutero, como se sabe, observó todavía durante algunos años los ayunos, sin dejarse dominar por el ejemplo de sus amigos y partidarios, y solo en octubre de 1524 dejó el hábito, porque estaba completamente gastado. Mas que nadie habia criticado Lutero los móviles mundanos que á menudo fueron causa del abandono de los conventos por sus moradores; pero el abuso no le impidió seguir en relaciones con ellos: sus recursos estaban siempre á disposicion de tales desertores, y él mismo sacó algunas monjas del convento de Nimtsch que habian entrado en él contra su voluntad. Además sus hermanos agustinos, si bien le dieron motivo para algunas quejas, tambien le dieron muchas alegrías, porque de entre ellos salieron poderosos predicadores de la nueva doctrina, como, por ejemplo, el ya mencionado Zwilling, que se curó muy pronto de su ilusion fantástica; Juan Lang de Erfurt, cuyo celo excesivo Lutero tuvo que calmar continuamente, y sobre todo, el bávaro Gaspar Guttel, cuya elocuencia popular, juvenil y con todo noble, atrajo algunas veces durante muchos dias al pueblo á sus sermones, predicados en la plaza de Amrstadt. De él viene esta hermosa expresion: «Nuestro abad es Cristo, todos somos hermanos, somos una comunidad espiritual.» Tambien los agustinos de los Países-Bajos proclamaron el Evangelio, primero en sus iglesias y luego en las calles y plazas públicas. Allí todavía habian quedado resúdos de las doctrinas taboritas y valdenses, como la negacion de la transubstanciacion; y frailes de los Países-Bajos habian apoyado principalmente en Wittenberg los esfuerzos tumultuosos de Zwilling. De aquellos frailes de los Países-Bajos salieron tambien los primeros mártires de la reforma, que predicaron en Dordrecht, Rotterdam, Gante, Ipern y Amberes; y aunque algunos se inclinaron ante los edictos imperiales, otros prefirieron el martirio. El prior de Amberes, Jacobo de Ipern, llamado Præpositus, el cual, á fuerza de intimidaciones, se habia retractado públicamente, volvió á recaer pronto; gracias á una fuga bien preparada no fué decapitado, y pudo despues ser predicador protestante en Alemania. Su sucesor en Amberes, Enrique Zutphen, fué tambien detenido, pero le libraron de la cárcel las mujeres armadas y amotinadas. Dos jóvenes frailes agustinos, Enrique Voes y Juan de Essen, en 1.º de julio de 1523, en Bruselas, confirmaron con su sangre su fe en la nueva doctrina muriendo en la hoguera, y pronto Enrique de Zutphen, evadido de Amberes, fué muerto tambien en Ditmarschen á fuerza de martirios por una turba de aldeanos fanatizados. Lutero dedicó á los dos jóvenes agustinos quemados en Bruselas una poesia inmortal, cuyas últimas estrofas son un verdadero cántico de victoria (1):

«Las cenizas no se callan, se esparcen por todos los países y se rien de corrientes, hoyos y tumbas, y se burlan de los enemigos. Aquellos á quienes en vida ha hecho callar asesinandolos, los ha de oír cantando victoria en todas partes y en todas las lenguas. El invierno ha pasado, tenemos el verano delante, nacen las tiernas florecitas: el que esto ha principiado tambien lo acabará.»

¿Qué podia oponer la Iglesia antigua en su forma de en-

(1) Aquellos pobres frailes no tuvieron como Lutero bastante sagacidad para predicar y huir el cuerpo al peligro. (N. del T.)

tonces á semejante entusiasmo? No fueron los peores de sus hijos (2) los que se apartaron de ella avergonzados y horrorizados; y si los frailes agustinos siguieron en gran número á su hermano, tambien hubo un movimiento en las demás órdenes, de lo cual son ejemplos el ya nombrado Enrique Eberlin, el apasionado Enrique de Kettenbach, ambos de Ulma; Juan Briesmann de Cotbus, Conrado Pelicano en Basilea, Federico Miconio (Mecum) en Weimar, Estéban Kempe, el reformador de Hamburgo, Enrique Never de Wismar, etc. De la orden de Santo Domingo salió Martin Butzer, del cual hablamos como asilado en el castillo de Ebernburg y que ya en el año 1518 se habia sentido atraído por la individualidad de Lutero. A pesar de esto, en 1521 se hizo desligar de su voto monástico por una dispensa del Papa, despues de la correspondiente causa eclesiástica, y continuó viviendo algun tiempo como sacerdote secular; pero al año siguiente le volvemos á encontrar al lado de Sickingen, en



Medalla de plata dorada del gran maestre Alberto de Brandeburgo. Anverso: El busto del gran maestre con la inscripcion circular: ALBERTO G. MAR. BRANDENBURG. PRVSSIAE. El reverso es enteramente liso. — Tamaño del original, que se conserva en el Museo Numismático de Berlin

calidad de predicador, en Landstuhl y casado con una ex-monja. En Nuremberg se pronunció un predicador dominico llamado Galo Korn contra los votos monásticos, y Hutten tomó bajo su proteccion al joven cartujo Oton Brunfels cuando se evadió de su convento. Del de benedictinos de Alpirsbach, el lector Ambrosio Blarer tuvo que huir por sus opiniones luteranas, si bien se brindó aunque inútilmente á defenderlas ante un tribunal superior. Ecolampadio (Heussen ó Heussgen de Weinsberg), el peon lingüístico de Erasmo, que á pesar de esto y de su admiracion por Lutero se habia hecho fraile en 1520 en el convento de Altenmunster, no encontrando como habia creído encontrar el ideal monástico unido á la libertad evangélica salió en 1522 otra vez de su convento y se retiró al castillo de Ebernburg, donde como capellan fué el primero que empleó en la celebracion de la misa el idioma alemán. En Augsburgo el convento de carmelitas, cuyo prior Juan Frosch era amigo de Lutero, se convirtió en centro de reunion de los partidarios de la reforma, figurando entre ellos el predicador de la catedral Urbano Rhegio, discípulo y algun dia admirador de Eck. Tambien se convirtió á la nueva doctrina Juan Bugenhagen, no fraile, pero rector de la escuela del convento de premostratenses de Treptow, el cual habiendo criticado en forma violenta los abusos eclesiásticos, se indignó á primera vista del libro de Lutero: *Del cautiverio de Babilonia*; manifestó su horror á tan pernicioso hereje, el peor que habia aparecido desde la pasion de Jesucristo; pero luego que le hubo leído del todo exclamó que todo el mundo estaba sumido en tinieblas y que Lutero era, entre todos los ciegos, el único que veia.

En su mayor parte fueron hombres jóvenes, entre los veint-

(2) Ni los mejores tampoco.

(N. del T.)